

La izquierda y la marcha del 27 de junio

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

A grandes rasgos y en términos generales, se puede aseverar que en México, como en muchos otros países, existen dos tipos de delincuencia: la delincuencia denominada común, que tiene una larga trayectoria en México y sobre la cual daba la voz de alarma el analista Julio Guerrero, en pleno Porfiriato, a principios del siglo pasado. Este tipo de delincuencia se expresa en miríadas de robos, fraudes, homicidios pasionales o por riñas, corrupciones a granel, pequeñas “mordidas”, estafas, etc. Su origen fundamental es el subdesarrollo y la miseria, que se han incrementado notoriamente pese a –o debido a– que el crecimiento económico del país propició el enriquecimiento de varios sectores y la multiplicación de las capas medias. La delincuencia común tiene como agentes principalmente a individuos pauperizados, lumpenproletarios personas sujetas a la explotación y la opresión. Esto no significa, ni mucho menos, que todos los pobres sean proclives a la violencia y al delito. Es más, yo como antropólogo estudioso de barrios y sitios urbanos en la capital, en Jalisco y Querétaro, llamo la atención sobre el hecho de que la mayoría de la gente en condición humilde vive de su trabajo, pese a la situación misérrima y precaria en que se encuentra– Por otra parte, miembros de sectores medios, muchos de los cuales se han pauperizado o proletarizado, se han entregado también a actividades delictivas, e incluso personas acomodadas se involucran también en estas actividades antisociales.

El otro tipo de delincuencia, la organizada, se halla en un verdadero auge. En realidad, aquí estamos tratando con una auténtica rama industrial, con enormes tasas de ganancia. Es aquí donde nos topamos con grupos organizados que se enriquecen con el narcotráfico, los secuestros, la trata de blancas, la pornografía infantil, los delitos de “cuello blanco”, especialmente en el ámbito financiero, así como otras actividades redituables. Sin duda alguna, nos encontramos aquí con una expresión del “capitalismo salvaje”. Se puede proclamar a los cuatro vientos que el pensamiento de Marx es obsoleto en la actualidad, pero es indudable que el famoso filósofo alemán tenía razón cuando señalaba que los capitales acuden con prontitud a aquellas ramas de la economía que ofrecen los máximos beneficios, aunque esas ramas sean ilegales (por supuesto, no estamos afirmando que todos los dueños de capitales transfieran éstos a tales ramas; muchos no lo hacen porque son personas honestas y con principios éticos; apuntamos aquí una tendencia general del movimiento de capitales en una sociedad como la nuestra).

Con toda razón, Iris Santacruz, analista social y ex delegada en Magdalena Contreras, escribe: “Desde la izquierda hemos señalado que uno de los problemas lacerantes de la sociedad es la inseguridad y hemos denunciado sus causas profundas derivadas de un modelo económico excluyente y concentrador de la riqueza, de la debilidad del Estado producto de las políticas neoliberales y de la corrupción en los organismos de procuración de justicia coludidos con el crimen organizado y heredada por décadas de gobiernos priistas” (Excelsior, 27 de junio de 2004).

Es indudable que la mayoría del pueblo mexicano sufre los continuos y pavorosos embates de la delincuencia. ¡Casi todos los mexicanos tenemos amigos, parientes o conocidos que han sido asaltados, secuestrados e incluso asesinados! (Y en muchos casos, las víctimas no han sido los parientes y demás, sino nosotros mismos). Cada vez crece más la irritación y el furor de los ciudadanos (y de los que no lo son) en contra de los cons-

tantes y abrumadores agravios de la delincuencia; es por ello que se ha llegado al extremo de linchar a delincuentes comunes (incluso raterillos de poca monta) y hay quienes proclaman que se tome la justicia por propia mano.

El que se exija que se multipliquen los “vengadores anónimos” tiene su razón de ser; en México los organismos encargados de la seguridad pública no solamente son ineficientes, sino que en muchos casos cuentan con miembros que son delincuentes o están coludidos con los hampones. En nuestro país se cometen miles de delitos y fechorías; se acribilla impunemente a campesinos (como en Aguas Blancas y Acteal); se asesina brutalmente a cientos de mujeres en Ciudad Juárez (y esta epidemia homicida se extiende a otros lugares de la República), se priva de la vida con toda impunidad a periodistas como sucede en Baja California, se mutila y atormenta a personas secuestradas, algunas de las cuales son asesinadas, etc. Los mexicanos y otras personas residentes en este desdichado país (García Cantú DIXIT) temen salir a las calles; taxistas rufianes asaltan a víctimas inermes y taxistas honestos son también víctimas de asaltos.

Es por ello que el domingo 27 de junio marcharon miles y miles de personas en la capital del país y en otras ciudades para protestar enérgicamente contra la proliferación de la delincuencia y la ineficiencia de los organismos de seguridad pública en todo el territorio mexicano. La demanda para que la delincuencia se acabe es una demanda multisectorial y policlasista, como se demostró en la marcha; es una exigencia de la mayoría abrumadora del pueblo mexicano.

Con una torpeza increíble, los funcionarios del gobierno del Distrito Federal, miembros del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y sectores de la izquierda se han dedicado a descalificar a la marcha (antes, durante y después de ella), señalando que esa manifestación ha sido organizada por la ultraderecha y se configuró como parte del “complot” contra el jefe de gobierno del

Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador (AMLO). Es verdad que quienes empezaron a organizar la marcha, la fomentaron e incluso la financiaron, son jerifaltes de la llamada “iniciativa privada”, grupos derechistas y consorcios privados de los medios de comunicación. También es cierto que no pocas agrupaciones aprovecharon la marcha para denostar y desprestigiar al gobierno de AMLO. Esta empresa, por lo demás, es bastante fácil: el gobierno del D.F. se desprestigia solo, con su política errática y sus legiones de Ponces y Bejaranos (y con sus aliados-rivales como la paseadora señora Robles). Pero cualquiera que haya presenciado la manifestación del 27 se pudo dar cuenta de que ésta no fue una demostración contra AMLO; ése no era su contenido básico, lo fue la protesta masiva contra la insoportable inseguridad que priva en el país; los mezquinos designios derechistas fueron ampliamente rebasados.

La izquierda se define por su articulación orgánica con los movimientos populares y sus demandas. El PRD y otras organizaciones de izquierda están muy lejos de ello. Si no se pulsa el sentir del pueblo, la izquierda valdrá... una pura y dos con sal.



Mauricio Vega